nos 214/215

18 febrero 1950

1.29/1380.

escandinavos,

Fuera de VALIJA

DIVAGACIONES SOBRE LA BOMBA H Y SUS EFECTOS

No recuerdo qué personaje de Anatole France opinaba que el día en que se descubriese un explosivo tan potente que fuera capaz de hacer saltar la Tierra, y se la hiciese saltar efectivamente, no se habría perdido gran cosa. Anatole France era un optimista, por cuanto consideraba a su personaje como un iluso: le atribuía un pensamiento realmente catastrófico, pero inclinado a la especulación sobre lo imposible. En el fondo, Anatole France no creía que se pudiera inventar jamás un explosivo tan potente. Y, sin embargo, parece ser que se ha llegado ya a ese momento. La ciencia ha realizado progresos tan enormes, que ya se halla en condiciones de destruir el universo. No hay duda de que, esta vez, a los sabios se les ha ido la mano y le han ofrecido a la humanidad un explosivo mucho más enérgico de lo que ésta esperaba. La humanidad reclamaba de los sabios algo tremendo, formidable, pero que sólo sirviera para meter miedo o destruir una pequeña parte de sí misma; y los sabios le han presentado, en cambio, el medio seguro de destruirse totalmente, de suicidarse. Los norteamericanos pedían a sus hombres de ciencia una bomba que pudiera arrasar sólo una buena parte de Rusia en un momento determinado, y los rusos por su parte pedían a sus sabios —y un poco también a los de los demás— una bomba que pudiera destruir únicamente una buena parte de los Estados Unidos. De pronto, los sabios se presentan triunfadores y ofrecen una bomba que puede destruir en menos de un decir Jesús a Rusia, a los Estados Unidos y al resto del mundo.

Dedicados los sabios, frenéticamente, al progreso de la ciencia por orden de los estadistas, unos y otros han creído sin duda que la destrucción misma de la Tierra era una cuestión secundaria al lado de la verdadera finalidad de sus trabajos en orden a las relaciones yanqui-soviéticas. Y así hemos podido leer en un diario tan serio como "El Universal" de México un telegrama enviado desde Londres por el corresponsal de la United Prees, en el que se dice lo siguiente:

"Uno de los más prominentes sabios británicos relacionados con las investigaciones atómicas dijo que la primera cuestión no es precisar si la bomba de hidrógeno es capaz de hacer añicos al mundo, sino de observar el efecto que su producción puede tener en las relaciones entre los Estados Unidos y Rusia."

Para los sabios, pues, no es importante que el mundo salte, sino saber qué harán los Estados Unidos y Rusia una vez que el mundo haya saltado.

Estas palabras revelan, sin duda, una cierta deformación profesional. La realidad ha hecho seguramente a los sabios una terrible jugarreta, permitiéndoles lograr resultados cuyo verdadera trascendencia se oculta para ellos mismos ante la finalidad inmediata que se les señaló. Si a un sabio se le encarga que invente un explosivo capaz de influir en las relaciones entre los Estados Unidos y Rusia, y le resulta una bomba con la cual puede hacer volar al mundo, el sabio deja que el mundo estalle, y luego se pregunta intrigado, con verdadera conciencia profesional: "¿Qué va a hacer ahora Rusia?"

Lo mismo que el aprendiz de brujo, estos sabios dedicados a hacer estudios sobre la energía núclear han desencadenado fuerzas terribles que ya no pueden dominar. Han penetrado con sus estudios y manipulaciones hasta el origen mismo de la materia y, por lo tanto, han hecho posible su fin. Han llegado, en el camino de lo real, a suprimir la diferencia que existía entre el infinito y la nada, antes valores puramente teóricos. Han conseguido fabricar un sol artificial, medio cierto de acabar con los soles naturales. Porque, en definitiva, la bomba H no es sino una rectificación hecha por los sabios a la naturaleza. De lo cual se venga la naturaleza destruyendo a los sabios y destruyéndose a sí misma, por haberlos albergado.

La cosa es tremendamente seria. El Presidente Truman, que es la persona más poderosa que ha habido en el mundo desde los tiempos de Jehová, ha dado ya la orden para que los sabios sigan realizando sus trabajos sobre la energía atómica y la producción de la bomba de hidrógeno. Han quedado, pues, autorizados los trabajos para hacer posible científicamente la destrucción, no ya de nuestro planeta, sino de todo nuestro sistema planetario —donde, por lo visto, tenemos una importante competencia explosiva en Marte— y hasta de la galaxia de que formamos, modestamente, minúscula parte.

Al lado de esta terrible arma capaz de destruir la materia, ¡qué inocente descubrimiento resulta ahora el de la dinamita, por ejemplo! El bueno de Nobel, lleno de remordimientos, estableció unos premios para recompensar los mejores esfuerzos humanos en la obra de paz y en el progreso de las letras y de la ciencia. ¡Feliz y confiado varón! El explosivo inventado por él podría matar a lo sumo a un puñado de hombres, pero dejaba intacto al mundo, que seguía dando vueltas por los espacios. Mas los explosivos descubiertos hoy por la ciencia pueden acabar con el mundo y con los mismos espacios. Pueden acabar con todo; tienen un poder de destrucción cósmico, total, haciendo este total igual a cero. Cero absoluto.

No conviene, sin embargo, asustarse mucho por esta pavorosa perspectiva que se ofrece a la humanidad, puesta en trance de suicidio. La desaparición del mundo, la vuelta a la nada, la desaparición de la propia nada, nos presentan en verdad un porvenir aterrador. Pero las cosas peores siempre tienen algún lado bueno. Y los españoles debemos pensar con cierta esperanza que esa gran catástrofe cósmica puede ser, en definitiva, venturosa para nosotros. En efecto, tengo por seguro que si el mundo volase hecho añicos, habría llegado el feliz momento de la desaparición de Franco, el cual saltaría irremisiblemente del poder en España, sin que pudiera evitarlo ningún senador norteamericano. La bomba H, u otro explosivo capaz de destruir al mundo en un instante y de realizar, por fin, el problemático sueño del personaje de Anatole France, lograría fácilmente lo que no han podido conseguir en varios años las Naciones Unidas. Desde ese punto de vista, una parte de los efectos de tal explosión serían, pues, evidentemente benéficos.

EL VALIJERO